

La tierra que tiembla bajo nuestros pies

Raphaël Dôkô Triet

En el año 2000, durante un viaje a Japón, un rôshi japonés nos invitó a cenar a Michel Bovay y a mí. Nos instalamos en un elegante restaurante de Tokyo y tras las presentaciones al uso, nos dijo de sopetón: «¿Saben ustedes que yo podría haber sido su maestro?»

Sorprendidos por esta declaración le pedimos que nos la repitiera. Obtenida la confirmación, nos miramos y, ante el silencio de Michel, repliqué: «¿Por qué lo dice?» Contestó que estuvo a punto de venir a Europa seis meses antes de Sensei.

Entonces añadí: «¡No! No depende de que se viniera antes o más tarde. Solo el maestro Deshimaru supo comprender nuestra mentalidad y encontrar las palabras justas. Para conseguirle desarrolló herramientas útiles que hablaban y llegaban al corazón de los occidentales.»

El rôshi no apreció mi respuesta, la cena se despachó rápidamente y la cuenta fue elevada.

Michel y yo nos encontramos dando vueltas por Tokyo, reconociendo que, si bien la forma había carecido de diplomacia, la realidad no era por ello menos cierta.

El maestro Deshimaru bajó del Transiberiano en París en 1967 con su kolomo, el kesa y el zafu de su maestro Kodo Sawaki, pocos efectos personales, algunos libros y un escaso viático. La descripción evoca a un personaje de novela, surgiendo de un libro de Blaise Cendrars, en particular de su largo poema: *Prosa del Transiberiano y de la pequeña Jeanne de Francia*. Fue, sin embargo, ese hombre quien, sin bombo ni platillo, respondiendo a la invitación de un grupito de macrobióticos, desembarcó en nuestro continente, en una época en que el budismo, el zen y Oriente estaban aún lejos del bum que se desatará años más tarde en Occidente. Los primeros años no fueron fáciles y las ganas de volverse le visitan en varias ocasiones. Sin embargo, las escuelas de yoga están ya muy presentes en Francia, así como diversas doctrinas budistas.

Siendo yo aún joven fui a llamar a la puerta de algunas de esas escuelas pero siempre me marchaba decepcionado o consternado por las respuestas y remedios que me ofrecían para la angustia vital.

El joven que yo era en aquella época, aceptémoslo, poco equilibrado, tuvo el acierto de no dejarse engañar por esas escuelas y la suerte de distinguir el diamante de la piedra.

Al presentarme por primera vez en el famoso dojo de Pernety, en París, quedé inmediatamente impresionado

por zazen y por el maestro Deshimaru. Incluso si tardé muchos años en dominar la postura de zazen –en el caso de que pudiera dominarse de alguna manera- y en encontrar un equilibrio real en mi vida, una vez atravesada la puerta del dojo supe, sin ambigüedad, que era mi casa y Sensei mi maestro. Si después me han surgido dudas, siempre eran con respecto a mí y nunca sobre esta noble práctica.

Muchos son los que pasaron por aquel dojo, pero que te conmueva, que te atrape, que te muerda, que te coma zazen es otra historia. Miles de hombres y mujeres vinieron y les gustó este lugar y les gustó venir a meditar allá. Pero el tesoro que nos trajo el maestro Deshimaru era de otra naturaleza: sobrepasaba totalmente el marco de la meditación y todo lo que nos habíamos planteado. Incluso si, como era mi caso, no percibíamos al principio más que la parte visible del iceberg, ya, al rozarlo, sentíamos que se nos ofrecía un mundo jamás imaginado. La carne, el núcleo, oculto, escondido debajo irradiaba ya.

Me hace pensar en el encuentro entre Ejo y el maestro Dôgen, cuando éste le habla de su voluntad de plantar en tierras japonesas la semilla que ha traído de China y que su maestro Nyojo le había confiado. Ejo está lleno de alegría por haber encontrado por primera vez a alguien que piensa como él. Hasta que, al cabo de días y noches de conversación, la tierra tiembla bajo sus pies. Se tambalea al darse cuenta de que aquello de lo que habla Dôgen no tiene nada que ver con lo que él había imaginado, ni siquiera en sueños: ante él se abre un mundo completamente distinto.

En Europa, a lo largo de los siguientes años este fenómeno de la tierra que tiembla bajo nuestros pies se reproduce en varias ocasiones. Al principio Sensei solo nos enseña zazen; después vienen el canto de los sutras, la ceremonia y la comprensión de que los méritos de nuestra práctica están dedicados a todos los seres vivos; sigue la enseñanza del kesa –esos trozos de tela que todo el mundo rechaza, fragmentos de cualquier cosa, de nosotros mismos, de nuestras contradicciones y de nuestra incapacidad para resolverlas; esos trocitos de tela, lavados y teñidos, unidos unos a otros hasta el infinito, en los que lo noble y lo vulgar se entremezclan íntimamente.

Se nos ofrece entonces esa hermosa palabra, *mushotoku* –sin meta ni intención de provecho- que, cuando se entiende bien, es de alcance universal y va a

la inversa de lo que nos han enseñado desde nuestra infancia. Se dibuja entonces la dimensión religiosa de esta práctica.

Vienen por último el trocito de pan que se ofrece a los seres hambrientos al principio de la comida y el agua con la que lavamos el cuenco al final de la comida, y de la que bebemos un traguito mientras que el resto se lo ofrecemos a los difuntos –con estos sencillos gestos la vida y la muerte quedan invitadas a nuestro cuenco, el simple hecho de comer adquiere así una nueva dimensión. Después, poco a poco, todas las actividades de un simple día en cada momento convocan al universo entero, igual que una única gota de agua contiene todos los océanos. Cada día, nuestro cielo se amplía cada vez más. Se añaden entonces los grandes textos de nuestra tradición que él traduce y comenta.

La sangha crece poco a poco, gana amplitud, representados en ella todos los medios sociales lo que ilustra maravillosamente las palabras de Dôgen:

«La sangha es el lugar en el que se encuentran seres que ordinariamente es difícil reunir.»

En aquella época diversas corrientes, propias de los años sesenta y nacidas en todas las capas sociales, compiten; hay estudiantes; otros vienen del yoga o de las artes marciales; otros, más despreocupados, justo acaban de salir de los acontecimientos de mayo del 68; también están los hippies de la época. Todos cohabitan con mayor o menor fortuna dependiendo de los días, pero todos comparten el mismo amor por Zazen. En una colaboración oscura y maravillosa, toda aquella gente vive en una armonía tan conmovedora que hace que otras muchas personas quieran participar. El maestro Deshimaru actúa hábilmente con todas aquellas familias, como haría el cochero que, según el trazado del camino, dirige a uno u otro de los caballos de su reata, frenando o soltando la brida.

Puede que la sangha no hubiera sido la misma sin esta diversidad. Una corriente ofrecía a Sensei la seriedad y solidez necesarias para construir su misión; otra aportaba la fantasía y poesía sin las que la vida andaría coja.

Con el tiempo estas corrientes se mezclaron como las diferentes lianas de una glicina. Hoy sería muy difícil distinguir a unos de otros.

Todos esos trozos de tela, de colores, texturas, calidades distintas ya no forman más que un único kesa.

El maestro Deshimaru acepta a todos aquellos que se presentan, sin discriminación. Los motivos de unos y de otros, incluso si son variados, encuentran su lugar en el seno de la sangha. Y en lo más profundo de sí mismo trabaja sin cesar por este Zazen, que no tiene nada que

ver con la meditación, que nos hace tambalear cuando percibimos ese rincón de cielo sin límites. En los mundos Sensei tenía la particularidad de quizás no contestar a la pregunta planteada por su interlocutor, sino a la verdadera pregunta, a la esencial que muy a menudo no se conseguía plantear, que es la de la vida misma; la que, cuando coinciden pregunta y respuesta de nuevo hace que tiemble la tierra bajo nuestros pies, para que sea cada vez más firme.

El tesoro que nos confió nos esforzamos por protegerlo y transmitirlo lo más fielmente posible. Esto plantea la cuestión de la fidelidad a un maestro, a una enseñanza. No me parece que la fidelidad consista en dejar la página del calendario fija en el 29 de abril de 1982.

Sensei nunca dejó de crear y, si nos mantuviéramos estáticos como en una fotografía sepia con bordes amarillentos por el tiempo, sería tanto como olvidar este elemento constitutivo de su enseñanza.

La necesidad de emanciparse es uno de los componentes de la fidelidad. Él mismo no dejaba de evocar a su maestro Kodo Sawaki, al mismo tiempo que manifestaba una gran libertad tanto con respecto a su maestro como a la institución del zen japonés.

Durante una sesión de verano en Val-d'Isère una vez nos dijo:

«Me doy cuenta hoy de que en otros tiempos comprendía objetivamente la enseñanza de mi maestro Kodo Sawaki, ahora también la comprendo subjetivamente, y le doy infinitas gracias.»

Estas palabras responden como un eco al poema de Dôgen:

*La gente distingue tan fácilmente el bien del mal
Que en todas las cosas toman por verdadero lo falso.
Durante mucho tiempo he visto la montaña
cubriéndose de nieve.*

*Este invierno he comprendido que la nieve se convierte
en montaña.*

Desde nuestra juventud este movimiento recomenzado nos acompaña siempre, nos impulsa y hace que el cielo no deje de ampliarse. De los discípulos de los primeros tiempos algunos han muerto y los mantenemos en nuestros corazones; buena parte de ellos han permanecido juntos, al mismo tiempo que han desarrollado centros a lo largo y ancho de Europa y más allá; otros han elegido un camino diferente, más solitario. Pero en el momento del 50 aniversario de la llegada del maestro Deshimaru a nuestro continente, todos sienten –incluso el más alejado geográficamente– que forman una única y misma familia eternamente reunida. •

